



FRANCISCO MORA, COMPAÑERO Y AMIGO

Corrían los albores de este siglo cuando nuestro Ayuntamiento sintió la necesidad de confiar la dirección de los servicios técnicos de la ciudad a quienes, por su título y por su probada competencia, podían ser una garantía de acierto en el futuro desarrollo funcional y estético de Valencia, en su incontenible marcha de transformación urbana, que las necesidades de la rápida evolución del progreso industrial y las costumbres reclamaban en el rápido paso de ciudad pueblerina a capital moderna. Cubierta la dirección de los servicios de Arquitectura

de la ciudad por personas de gran talento y prudente actuación, sentíase la necesidad de confiar cuanto a la zona del futuro ensanche hacía referencia a quien por su capacidad, talento, valía personal y especialización, pudiese atenderlos eficientemente. Una prudente llamada, seguida de una acertada y necesaria prueba, hizo conocer las dotes personales que se reunían en la joven y apuesta persona del arquitecto don Francisco Mora Berenguer, a quien fue confiada su dirección, trazado y desarrollo, que, con pulso firme e inteligencia clara, pronto dejó convertido en esperanza certera e inmediata lo que hasta entonces se ofrecía como un conglomerado de casas de labranza diseminadas en campos de nuestra huerta, serpenteada por canales, canalillos, acequias y brazales de riego y escorrentías.

El importante problema se ofrecía sembrado de dificultades, pero para ello quedaba, junto a su iniciación y desarrollo, la necesaria Ley de Ensanche y la voluntad férrea y decidida de una Comisión Mixta, que puso en el cumplimiento de su difícil cometido, tesón, voluntad y entusiasmo.

Dos núcleos urbanos importantes habían de ser absorbidos por ese trazado: Ruzafa y Campanar; unos enlaces con la vieja ciudad tenían que ser respetados y una conexión de servicios era preciso establecer, pues la zona de nuestros ensanches alcanzaba una extensa superficie que había de rodear totalmente la ciudad vieja, constituyendo su enlace con el trazado cinturón de nuestro primer camino de circunvalación o de tránsitos.

Se cubrió la primera parte de la ejecución de las obras, dando preferencia a la llamada zona de Colón, y su desarrollo dio el tiempo necesario para que su autor pudiese alcanzar en su vida oficial la plenitud del planteamiento de su segundo núcleo.

No pretendo, en el corto espacio disponible a la finalidad de estas notas, haceros una descripción detallada de tan importante obra que, por sí sola, bastaría a llenar la vida de un profesional que pudo y supo atender además otros aspectos de la vida municipal y de la noble profesión de arquitecto en su ejercicio libre.

He querido tan sólo hacer resaltar su decisiva y directa intervención en tan importante obra urbanística, de rápida concepción para su claro talento, pero de lento desarrollo y ejecución, que vino a justificar cómo durante éste se estableciera un singular y ameno contacto de hermandad con quienes, compañeros de profesión y de servicio a nuestra amada ciudad en las mismas oficinas, escuchamos con fruición su amena charla saturada de experiencia.

Este contacto y comunicación que sus valiosas dotes personales sabían motivar con cien causas intrascendentes, no pudo evitar nos adentrásemos insensiblemente en su espíritu hasta ver y estimar lo que su abierta condición no podía ocultar, pues flotaba en el ambiente que envolvía los actos de su larga y fructífera vida: el gran amor a la hermosa profesión de arquitecto, su culto a todas las Bellas Artes y una verdadera devoción al sagrado templo familiar.

En aquel culto al primero de estos amores, no quiso limitar sus actividades al ejercicio particular de la profesión y al desempeño del difícil y bien logrado cargo de Arquitecto-Jefe de Ensanche de nuestro Excmo. Ayuntamiento, base esencial y necesaria para atender al sustento familiar y la educación de sus hijos, y que le permitió ir tachonando el ámbito de nuestra Ciudad de inconfundibles obras de su mano, fruto de su gran talento, sino que aceptó sin reservas y con el espíritu de sacrificio que su desempeño reclamaba, cargos no retribuidos cuyos frutos no los goza quien los cosecha, sino la colectividad que los recibe.

Me refiero al desempeño de sus actividades como Decano-Presidente del Colegio Oficial de Arquitectos de Valencia y al ejercicio de otras más delicadas, como Presidente del Consejo Superior de Colegios de Arquitectos de España. Aun esto no bastó para llenar y satisfacer su amor a nuestra hermosa carrera, pues la posesión por su talento y estudio de las bellezas del Arte y de los secretos de la Ciencia, quiso compartírselos con las juventudes de muchas promociones, que alcanzaron varias generaciones, en una labor cultural de enseñanza, como Catedrático-Profesor de nuestra Escuela Superior del Trabajo.

De su amor a las Bellas Artes, son claros testimonios el desempeño de sus funciones como Presidente de nuestra Real Academia de San Carlos, del Patronato de nuestro Museo Provincial, de la Comisión Provincial de Monumentos y del Círculo de Bellas Artes de Valencia, yunque en el que se templan las más firmes amistades. Nada digo de su inmenso amor a la Música, que escapa a toda ponderación.

Todas estas actividades y desvelos no podían pasar desapercibidas a una sociedad culta y agradecida, ni a unos poderes bien dirigidos que, sin reparar en herir la modestia y sencillez de su persona, le elevaron a la dignidad de Caballero Gran Cruz de la Orden del Mérito Civil y de Medalla al Mérito en el Trabajo. Otra distinción más humilde al parecer, pero más popular e íntimamente satisfactoria que seguramente debió tener en su más alta estima, le fue otorgada por nuestro Excelentísimo Ayuntamiento, al concedérsele pudiese ver en vida honrado su nombre, rotulando una de las calles del Ensanche de la ciudad, que su clara visión urbanística había sabido trazar y dar forma.

En el orden familiar, su amor y su abnegación no pudieron tener más patente resonancia. En los luctuosos años de nuestra Guerra de Liberación ve, con resignación cristiana, arrebatar de su lado, por las disposiciones de la Providencia, a su joven, bella y virtuosa esposa, tan querida, que a más de proporcionarle la dicha de una numerosa y sana familia, supo elevarla en el más decidido amor paternal y fraternal.

A partir de este momento, el amor de sus hijos lucha en santa emulación por mitigar la falta de la esposa, hasta el punto de que no se le veía nunca, sin que a su alcance anduviera alguno de ellos, dispuesto a llenar y satisfacer el más nimio deseo del padre; pero esta felicidad fue puesta bien a prueba por rudos y sucesivos golpes, con que el Altísimo quiso templar su varonil espíritu, al ver desaparecer de su lado a su hijo mayor, de su mismo nombre; a dos de sus hijos políticos, no menos queridos y unificados en su amor familiar, y a la menor de sus hijas. El propio hecho luctuoso que segó su vida y la de su hijo Carlos, fue una prueba más de ese amor entrañable por el bienestar de los suyos.

No quiero prolongar más esta expansión que mi devota admiración me pedía, y termino rogando a Dios con fe y confianza en su infinita misericordia y bondad, le conceda el disfrute de una eterna bienaventuranza.

Javier Goerlich Lleó